



PRÓLOGO

Apenas Don Bosco fué ordenado de sacerdote ya tuvo fijo un propósito y hecha la elección de su ministerio. Pero el propósito parecía tan atrevido y el ministerio abarcaba tantas obras, que sus amigos no pudiendo menos de manifestar extrañeza, decidieron, para hacerle variar de intento, á hablar con Don Cafasso, presidente de las Conferencias Morales en la iglesia de San Francisco de Asís y confesor de Don Bosco.

¡Qué ideas las de Don Bosco! dijeronle. El celo sin duda es una virtud divina, á condición, sin embargo, de que sea ordenado y se aplique con sabia prudencia á determinado género de ocupaciones. Mas Don Bosco no se sujeta á regla alguna; no le basta predicar y confesar: capellán en un instituto de niñas pobres, se goza en rodearse de rapazuelos vagabundos; sueña en edificarles un establecimiento con escuelas y talleres; habla de emprender misiones lejanas, y nada le desconcierta. ¿No se haría un buen servicio á la Igle-

sia trazando discretos límites á un celo demasiado atrevido y no según Dios?

Oyó apacible Don Cafasso esta representación y otras que se le hacían con frecuencia. Su contestación dada con tono grave y acento casi profético fué casi siempre la misma: *¡Dejadle tranquilo, dejadle tranquilo!*

Nadie en Turín dejaba de reconocer en Don Cafasso notable discernimiento de espíritu; había dado pruebas de ello en circunstancias muy delicadas; con todo, en tratándose de Don Bosco, llegaba á creerse que no fuese su juicio tan seguro. De aquí que muchas personas insistiesen con perseverante interés y gran copia de consideraciones en hablarle del mismo asunto.

Don Cafasso, siempre bondadoso y afable con todos, por grande que fuese la influencia de los que venían á él, terminaba siempre con las consabidas palabras: *¡Dejadle tranquilo!*

Un día, sin embargo, saliendo de su misteriosa reserva, pronunció ciertas palabras que si bien profundas fueron suficientes á dar á conocer el carácter de su penitente:— *¿Conocéis bien á Don Bosco? Por lo que á mí toca, mientras más le estudio menos le comprendo: Es llano y extraordinario, humilde y grande, pobre y de nobles y generosos pensamientos los cuales parecen irrealizables, constantemente combatido en sus designios y con todo... Para mí Don Bosco es un misterio. Si no abrigase yo la certidumbre de que trabaja por la gloria de Dios, de que Dios le guía, que sólo Dios*

es el fin de sus esfuerzos, le tendría por un impostor, por un hipócrita más peligroso por lo que da que pensar que por lo que dice. Lo repito, para mí, Don Bosco es un misterio. ¡DEJADLE TRANQUILO!

Aunque este lenguaje era algo enigmático, en vano se intentaba que el venerable sacerdote pronunciara palabras más explícitas; y más tarde cuando Don Bosco era abandonado hasta por sus mejores amigos y aun insultado y perseguido, Don Cafasso sin oponerse al genio del mal, todavía sólo exclamaba: *¡Dejadle tranquilo!*

Don Cafasso no se engañaba.

Después de larga vida, fecunda en santas é insignes empresas, Don Bosco, maduro ya para el cielo, ha ido á recibir el premio de sus obras. Aun en vida llenaba el mundo con la fama de su nombre, y distinguidos escritores han publicado las obras y maravillas del hombre providencialmente suscitado por Dios en este siglo tan retraído de lo sobrenatural.

Corresponde escribir su biografía al Instituto fundado por él; mas necesariamente han de pasar algunos años antes de ordenar los documentos para ello. Entre tanto un amigo de Don Bosco, alentado con la aprobación de los Superiores de la Pía Sociedad Salesiana ha querido referir lo que ha visto, y trazar el retrato, la fisonomía moral del Santo y ofrecerlo cuanto antes al ejemplo y á la admiración de nuestro siglo.

Esta colección, que puede parecer rica, apenas

es un ramillete formado á la ligera en la floresta inmensa bendecida por Dios; pero bastante para que se vea bien que la savia divina de la Iglesia tiene siempre su origen en la fuente de agua viva, el Hijo de Dios.

Jesús mismo lo ha declarado: *En verdad, en verdad os digo, el que crea en mí hará las obras que yo hago y mayores todavía* (1).

El Verbo Divino ha quedado con nosotros. Lo que Don Bosco, ha realizado mediante María Auxiliadora es una prueba irrefragable de la eterna palabra.

El discípulo amado del Salvador, que recogió dicha promesa, selló su Evangelio con esta expresión sublime: *Muchas otras cosas hizo Jesús, que si fueran escritas, no bastarían á contenerlas todos los libros del mundo* (2).

Esos dos pasajes tan íntimamente unidos, tan esplendorosos y que tanto nos alientan nos ofrecen además una regla para penetrar el secreto de las relaciones de Dios con sus santos. Si entre las obras del Señor un número infinito han escapado á la admiración de los hombres, si según su propia declaración, los santos hacen obras tales y aun mayores, el alma de un siervo de Dios ¿no es acaso un espectáculo capaz de maravillar á los mismos ángeles? Su vida íntima ¿no pudo en cierto modo alimentarse en la piedad de los bienaventurados?

(1) S. JUAN. XIV, 12.

(2) Id. XXXI, 25.

Si de los santos no conocemos sino lo que aparece á la vista; ¿podremos jamás penetrar las relaciones de Dios con sus escogidos?

Recojamos, al menos, reconocidos lo que la bondad divina nos regala, como fruto de las gracias sin número que realzan el corazón de los santos; y las páginas en que revive Don Bosco sean para todos los que por su medio Dios les hable á la conciencia como una prenda segura de eterna bendición. Es en extremo agradable ver el cuidado con que Dios enjuga las lágrimas de todos los que sufren, y las que sus santos derraman en el camino de la cruz que recorren; tal consideración nos hace volver los ojos á la bienaventuranza eterna, donde, si queremos, encontraremos á Dios pronto á oírnos, á estrecharnos sobre su corazón y á hacernos felices para siempre con la felicidad de su gloria.



DON BOSCO

«El amor al prójimo es uno de los mayores y más excelentes dones que la Divina Providencia puede conceder á los hombres.»

Este admirable pensamiento de san Francisco de Sales, inscrito en la portada del *Boletín Salesiano*, caracteriza la Obra Salesiana.

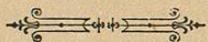
Don Bosco, durante su vida entera, fué todo amor: amó entrañablemente á esa multitud innumerable de niños que le llamaron *padre*, y á impulso de ese amor, encendido en el corazón mismo de Nuestro Señor Jesucristo, tuvo la inspiración y la fuerza de fundar, sin humano recurso, la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, destinada quizá en su extraordinario acrecimiento á difundirse por toda la tierra.

El objeto de esta asociación es el ejercicio de las obras de piedad y de caridad y *particularmente el cuidado especial de la juventud pobre y abandonada*, de la cual depende el porvenir feliz ó desgraciado de la sociedad.

¡ La juventud pobre y abandonada! ¿ Hay acaso obra más noble que atender con especial cuidado á los niños á quienes el desamparo, la ignorancia ó la depravación arrojan á la influencia del mal?

Don Bosco va, pues, á recogerlos, á darles asilo, á enseñarles honrado oficio y á hacer de ellos hombres útiles á la sociedad; aún más, va á enaltecerlos con los esplendores de la fe; les dará á conocer la inmortal belleza del alma que, con ser hecha á imagen de Dios, ultrajan porque no la conocen, y á muchos de esos humildes hijos del pueblo llegará á investirlos con la más alta dignidad que existe en la tierra: el sacerdocio.

Vamos á ver de que modo Don Bosco llegó á cumplir el ministerio que le fué confiado por la Providencia Divina.



PRIMEROS AÑOS

El 16 de agosto de 1815 Juan Melchor Bosco vino al mundo en Castelnuovo de Asti, cerca de Turín.

Francisco Bosco, su padre, poseía cerca, en la aldea de *Becchi*, una pequeña propiedad que cultivaba con sus manos y de cuyo producto vivía. Era ya viudo cuando contrajo segundas nupcias con Margarita Occhiena, de la cual tuvo dos hijos: José el primogénito y Juan el segundo.

Una breve enfermedad ocasionó prematura muerte al jefe de esta familia y rompió con su muy sentida pérdida la unión más perfecta y feliz; porque Francisco, hombre bueno, justo y laborioso, era esposo modelo y fervoroso cristiano.

Apenas Juan tenía dos años cuando tamaña desgracia vino á enlutar el hogar. Margarita empero era una mujer incomparable. Recayendo en sus manos la dirección de la casa, no tuvo reparo — acompañada de los criados que servían á su marido y que ella quiso conservar — en labrar per-